



LA EDUCACION DEL NIÑO

POR

JOSÉ A ALFONSO

(Conferencia dada en la Universidad de Chile)

Me voi a referir principalmente en esta conferencia o, mas bien, casi esclusivamente, a la primera educacion del niño, a la educacion de su infancia, al período educativo que depende de los padres, a la educacion doméstica propiamente dicha, a esta educacion en jeneral tan sensiblemente descuidada en nuestro pais, tan falta de principios sobre todo, tan anárquica tan confusa, de resultados muchas veces tan deplorables i ¡ai! tan lójicamente deplorables.

Casi no hai padre ni madre que no se crea con las facultades i principios suficientes para dirigir por la verdadera via la educacion de sus hijos, i causa a veces un sentimiento estraño, que mueve a risa i a pesar, las órdenes i prescripciones tan dogmáticas como infundadas de que son victimas los pobres niños. Se cree que la educacion es una especie de ciencia innata i jeneral, repartida igualmente

por todas partes, un verdadero don de nacimiento, cuyas reglas no hai necesidad de aprender. I, sin embargo, cuán distinta es la verdad ¡Cuán necesario es en ella, en efecto, el consorcio estrecho i luminoso, el cariñoso consorcio diria, de la ciencia i de la esperiencia, de la intelijencia siempre presente i del buen sentido salvador, i, agregaré todavia, de la perseverancia amante i tranquila, de la paciencia, sobre todo en las madres, de la santa paciencia, esta cualidad en realidad rara en todos aquellos espíritus que no tengan algunas condiciones de superioridad i, sin embargo, tan indispensable respecto de esos seres inconscientes, movedizos i revoltosos que se llaman nuestros niños!

I ¡cuántas, cuántas equivocaciones, cuántos lamentables fracasos a diario no vemos en esta educacion de la niñez! I cuán formidablemente se reflejan estas equivocaciones o fracasos en la vida entera del individuo i, por lo tanto, en todos los órdenes de la actividad pública, en la atmósfera moral de la nacion, en el gobierno i direccion de la República!

Sin embargo, los padres, i sobre todo las madres, no se dan al parecer cuenta de ello. Así, oimos frecuentemente a los padres i a las madres quejarse de las malas condiciones de sus hijos, que no han sabido aprovechar la educacion que se les diera, cuando precisamente puede sentarse como principio jeneral, sujeto naturalmente a excepciones, a raras excepciones, que esas malas condiciones de los hijos son solo la resultante lójica, lejitima, matemática, de los vacios, errores i descuidos de la educacion que recibieron, i de que los padres no alcanzan a darse cuenta por defecto frecuentemente de ilustracion en la materia, o por falta de la suficiente intelijencia o buen sentido o, en fin, por la espesa nube que en estos casos, casi siempre, la vanidad o el amor propio proyectan entre la causa i el efecto. ¡Cuán pocas son, en efecto, las madres que, a ejemplo de una ilustre matrona chilena, de alta estirpe i de alta e ilustrada intelijencia, se reconocia responsable, exajeradamente acaso, en uno de los momentos mas solemnes de su vida, de los errores cometidos en la educacion de sus hijos! Bien sé, empero, que para hacer

estas declaraciones, para poder dar muestra de tan honrada i ejemplar franqueza, se requiere el gran carácter, la nobleza de corazón i la extraordinaria cultura de espíritu que realizaban la figura de aquella egregia dama chilena.

I, para dar a asunto, tan jeneralmente descuidado, toda la importancia que en sí tiene, es menester tener presente, como una verdad fundamental, que la educación del niño, que la educación de los primeros años, o la educación meramente doméstica, es la educación por excelencia, la educación moral jeneralmente decisiva, la que acompañará al jóven i al hombre en todo el trascurso de su vida. Las impresiones de esa primera edad son las impresiones mas profundas, las que modelan i sellan la personalidad moral del individuo i del ciudadano. La planta tierna que sufre una desviación conserva para siempre como árbol ese defecto i mira hácia la tierra. La planta que se desarrolla recta llega a culminar i va derecha al cielo. Por eso, la educación moral, la que mas avalora a los individuos i a las naciones, reposa en el hogar, reposa especialmente en la madre. I puedo asegurar que una educación moral bien encaminada desde el primer instante i durante todos los instantes, no tratándose por cierto de niños anormales, puede considerarse casi terminada, a lo ménos en sus bases esenciales, en una edad relativamente temprana, muchas veces alrededor de los siete años. Dentro, pues, de una buena i constante educación, la estructura moral, por decirlo así, debe encontrarse a esa edad formada. Ya entónces la semilla ha comenzado fecunda a jerminal; ya entónces ha cesado el trabajo principal i la tarea del educador podrá limitarse en seguida a una labor fácil i agradable de mera atención o vijilancia.

Por eso, cuando se oye decir que la educación moral está pervertida en los colejos, debemos a la vez i en jeneral entender que la educación moral deja que desear en el hogar, que hai en él un vacío considerable, que se derivará las mas de las veces de la impericia, desidia o de la desatención materna. El niño que crece moralmente derecho en el hogar sigue derecho en la escuela, i toda tendencia a depri-

mirlo se frustrará ante el escollo sólido de constitucion moral del hogar. Tanto es cierto lo que digo que vemos frecuentemente salir individuos inescrupulosos, inmorales o corrompidos desde los mas diversos establecimientos escolares, desde el plantel fiscal hasta el colejio particular, laico o relijioso.

I no estará nunca de mas señalar la verdadera paralojizacion que sufren algunas personas, madres especialmente, condensando toda o casi toda la enseñanza moral en el ejercicio regular i corriente de las prácticas relijiosas. Si esto bastara ¡qué sencilla resultaria la tarea de educar!

No ignoro, por cierto, el papel importante que corresponde a las relijiones en la esfera de la enseñanza i de la educacion moral; pero a lo que especialmente ahora me refiero es al concepto erróneo que se forman algunas personas, a la verdadera confusion en que inciden, al atribuir una importancia desmesurada al mero ejercicio de las prácticas relijiosas o al aprendizaje maquinal de la doctrina moral relijiosa, encerrada breve i a veces emigmáticamente en fórmulas precisas. Como consecuencia lójica, produce este error esos tipos, que todos conocemos, de escrupulosos observantes i a la vez hombres sin conciencia, falsos, hipócritas o grandes badulaques.

Hai, pues, que prevenir este peligro en el orden de las relijiones, tanto mas temible cuanto mas hieren éstas los sentidos, cuanto mayor márjen dejan a la ostentacion o a la manifestacion esterna del culto. Hai, pues, que precaver este peligro, sobre todo tratándose de las madres, que tantas veces descuidan la sólida i salvadora educacion moral por el miraje cómodo i engañoso del fiel i descarnado cumplimiento de los deberes relijiosos. Son estas verdades, que juzgo elementales, de recuerdo ocioso acaso en otras partes, pero que aquí en Chile creo conveniente repetir i repetir insistentemente.

I acaso porque tratándose de la educacion del niño, la figura de la madre, mucho mas que la del padre, aparece en primera fila de relieve, se desprende tambien de mi recuer-

do lo que no ha mucho decia en el acto mas solemne de uno de nuestros principales establecimientos de cultura femenina. Refiriéndome entónces al grado de adelanto material i moral de los Estados Unidos, de la juventud norte-americana, evocaba la observacion profunda de un publicista cuando dijo que la América, refiriéndose a aquel país, era ante todo, la mujer americana.

La primera piedra de la nacion es, pues, la madre. Si el cimiento es bueno, el edificio será igualmente bueno. Si es malo o deficiente, mala o deficiente será tambien la construccion.

I dejando ya de la mano estas observaciones de carácter jeneral, debo advertir que mi propósito por el momento no es otro que referirme, en seguida, a uno que otro punto relacionado con la educacion del niño, de carácter por decirlo así práctico, i que miran a algunos de los vacios a mi juicio mas sensibles de la educacion nacional. Bien se comprende que de otro modo no me encerraria en los límites restringidos de una conferencia. De tema tan vasto, sólo tomaré, pues, aquí i allá, lo que me parezca mejor para el propósito expresado, sirviéndome de escusas el interes que siempre ha despertado en mí el estudio del niño, las rápidas lecturas que mis ocupaciones me han permitido al respecto, mi observacion personal i sobre todo mi esperiencia directa en mi propio hogar, estremecido por el bullicio i por las risas de seis alegres pequeñuelos.

Serán, pues, mis palabras nada mas que una breve i pequenísimas contribucion al estudio, al estudio nacional, diria, de tema tan estraordinariamente interesante.

I se nos presenta, en primer lugar, el problema relativo al sistema jeneral de educacion o, si se quiere, a la atmósfera, al medio ambiente que debe rodear al niño día a día, momento a momento.

Consideremos desde luego en esta materia dos de los caminos que pueden adoptarse: el de la compresion o del exa-

jerado autoritarismo i el que llamaria de la prudente i vijilada libertad.

Algunos padres—no pocos—adoptan el primero; otros, los ménos, el segundo, i otros, por fin, los mas a mi juicio, un sistema misto, que no es propiamente sistema, i que vacila entre la compresion i la libertad que va hasta la desatencion i la licencia, sin norma fija ni discernimiento de ninguna especie.

El ejercicio de la exajerada autoridad, de la intervencion directa i constante a todo propósito i en todo momento, produce en el hogar doméstico los mismos inconvenientes que en el gobierno de los pueblos. Requerido este sistema en la primera época de la existencia de los niños, época en que los padres deben proveer a todo, en que deben vijilar paso a paso el sueño i la vijilia de ese pequeño sér inconsciente, sin movimientos propios, i en que no alienta todavia el mas leve destello de razon, este sistema, digo, conviene irlo suavizando, liberalizando, desatando, a medida que el niño se desarrolla, a medida que va teniendo impulsos o movimientos propios i un principio de razon o discernimiento. Desgraciadamente, los padres muchas veces no tienen la elasticidad necesaria para irse adaptando a las sucesivas exigencias impuestas por el desarrollo fisico, mental i moral del niño. Les pasa—i ello es si bien se mira lójico i natural—les pasa lo que a los sistemas de gobierno, que se inmovilizan o estratifican en su primitiva i autocrática forma. Solo una intelijente e ilustrada observacion o un tino i buen sentido penetrantes pueden preparar a los padres para una adaptacion exigida por principios fundamentales de buena educacion.

Bastaria para condenar *in limine* la escuela de la compresion o del exajerado autoritarismo una sola consideracion, que separa al hijo de sus padres. Se levanta entónces una valla entre uno i otro, quebrantándose o rompiéndose el santo lazo de union, tejido por la naturaleza misma con fines altísimos de solidaridad.

I no puede ser de otro modo: desde cierto momento, la

naturaleza humana, por pequeña que sea, no soporta una intervencion que resulta contraria, cuando se hace exajerada, a su misma esencia. Hai en cada individuo un fondo de espontaneidad, de iniciativa, de impulso jeneroso, cuyo constreñimiento perturba o incomoda, i produce resultados que pueden ser fatales en la vida futura del hombre. La intervencion constante, la órden de todo momento, el ojo escudriñador siempre fijo, la mano siniestra o la palmeta, mas siniestra aun, siempre levantada i amenazadora, sofocan al nacer las iniciativas del niño, lo mantienen siempre réceloso, en una atmósfera de timidez o apocamiento, i tienen por último el tristisimo resultado de quebrantar fundamentalmente, cuando no de extinguir por completo, algo que hai que cuidar como un tesoro precioso: la individualidad del niño, que despues imprimirá jenerosamente su sello i su carácter al hombre.

I este sistema absurdo i condenable tiene una sucesion de lójicas, fatales e igualmente condenables consecuencias.

Sofocando mediante él los padres la espontaneidad de los hijos, se produce una serie de mandatos i prohibiciones contrarias muchas veces a la naturaleza misma.

Así, cuántas veces vemos a los pobres pequeñuelos, esencialmente movibles por necesidad o exigencias de su propio sér, cuántas veces los hemos visto sujetos a lo que llamaria en ellos la enfermedad de la inmovilidad. Se pretende que se conduzcan, los pobrecitos, como grandes, cuando son pequeños, tan encantadoramente pequeños, i con el impulso incontenible del movimiento, que es para ellos salud i placer, latiendo tumultuoso en el fondo puro i misterioso de su sér respetable. A veces ¡oh sarcasmo! se les exige una inmovilidad que ni aun los hombres ya formados la tienen.

Así, para caracterizar mi tésis con casos de aplicacion práctica, frecuentemente puede verse que se impone a los niños una casi absoluta inmovilidad durante el tiempo relativamente prolongado de las comidas o de una visita, por ejemplo, cuando vemos, a la vez, que la natural inquietud del niño revienta a cada momento en una forma o en otra i

que es ilusorio exigirle la conducta de las personas mayores. Lo único que puede pretenderse es contenerlo en tales casos en los límites de una relativa moderación, que la prudencia inteligente siempre sabe encontrar, pero sin sofocar de raíz en ningún momento los impulsos propios a su naturaleza infantil.

I, a este respecto, lo que yo sé decir es que me producen muy mal efecto, por lo que tienen de anti-natural, los niños pequeños que se conducen con la corrección severa o con la moderación pulcra de las personas mayores, casi tan mal efecto como los niños impertinentes, indisciplinados, mal educados, en una palabra. Porque no hay ciertamente que confundir, son inconfundibles, la mala educación o la falta de educación, que tanto da, con el culto y prudente respeto a las exigencias incontenibles de la viva, móvil y espontánea naturaleza infantil. Sólo pueden confundirse cosas tan diversas por aquellas personas que no tienen noción alguna de la norma que debe presidir estas interesantísimas materias.

Otro resultado del sistema de la comprensión o de la excesiva autoridad es el que se relaciona con los desaciertos que se cometen en el orden tan importante de la alimentación de los niños, alimentación que no solo mira al bienestar físico sino que también proyecta sus reflexiones sobre la salud intelectual y sobre la salud moral.

Así, cuántas veces, casi siempre, vemos que a los pobres niños se les prescribe *ex-cathedra* que deben comer en un momento dado carne, por ejemplo, a la que no se sienten inclinados o que sencillamente les repugna, en lugar de tal otra cosa, verdura, frutas, cereales, etc., a lo que por la inversa se sienten solicitados vivamente por su apetito. ¡Cómo si hubiera maestra más sabia que la naturaleza misma! ¡Cómo si infringiendo sus prescripciones no cayéramos en una serie de lamentables errores y no hiciéramos a los niños verdaderas víctimas de esos errores! ¡Cómo si conociéramos las misteriosas y peculiares exigencias de cada organismo, veladas aun para los técnicos de profesión!

I luego, ¡cuántas veces a los pobres infelices niños se les presenta tal dosis de alimento que han de comer forzosamente, aunque no manifiesten deseo, o sobre la cual no han de comer nada mas, aunque todavia esperimenten un voraz apetito!

I, en este mismo orden de la alimentacion, cuán desacertada es la tendencia jeneral a negar o escatimar el dulce, el azúcar a los niños, a pesar de su vivisima, de su incontenible inclinacion hácia ella, demostrativa de una verdadera necesidad fisiológica. I, en efecto, la ciencia i la esperiencia están cada vez mas i a diario manifestando que el azúcar es un gran alimento, fuente preciosa de enerjía i de salud, cuyo consumo deberia difundirse i cuyo precio deberia, en consecuencia, abaratare tanto cuanto se pudiera. El organismo humano tiene gran necesidad de azúcar, i los padres que tenemos por sistema que nuestros hijos consuman todo el azúcar que quieran, estamos en lo cierto i no tenemos motivos por qué arrepentirnos. I contra el argumento derivado de la intemperancia de los niños, argüiré que ésta nace regularmente del sistema coercitivo, de las ansias, del sobreapetito que produce siempre el manjar vedado o imprudentemente cercenado.

I en esta materia, para caracterizar netamente mi pensamiento, debo aun ser mas esplicito.

Temperante, en la práctica casi abstigente en lo absoluto el que habla, durante mucho tiempo creí que debia tambien prohibir en absoluto a mis niños toda bebida alcohólica, por mas insignificante o diluida que fuera su cantidad. Posteriormente, me he convencido, sin embargo, de que hai en ello un peligro, el peligro nacido siempre de la fruta prohibida i que está ademas en todas partes en abundancia al alcance de la mano. Nacen entónces esas ansias, ese sobreapetito a que acabo de referirme, i del cual, llegado el momento de la libertad, hai la fácil probabilidad de que se abuse.

Por eso creo que valdria la pena de modificar en parte sistema tan absoluto, en el sentido de dar a los niños, desde

que éstos han adquirido cierta edad, de vez en cuando o, mas bien, *de tarde en tarde*, un poco de vino, en cantidad siempre mui pequeña, mezclada con agua i azúcar, instruyéndolos a la vez acerca de los peligros del abuso i aun del uso constante de las bebidas alcohólicas. Creo éste un sistema de muchos mejores resultados prácticos que el peligrosísimo de la prohibicion total. Es, a mi juicio, i tomando el conjunto de las circunstancias que nos rodean, mucho mas educador.

Dejando de la mano esta digresion, que se hacia necesaria dada la importancia de la materia, observaré que la experiencia personal en mi propio hogar me ha demostrado que el sistema del prudente respeto a la inclinacion natural del apetito es el mejor, i así a mis niños jamás les exijo que coman lo que no les gusta, por mas nutritivo i sano que se le suponga, ni que en jeneral coman tampoco cuando no tienen apetito. En este último caso, no hai que locupletar las vias dijestivas, sino proveer a que por otros medios renazca de nuevo la necesidad fisiológica.

Para no prolongar desmesuradamente este estudio, no sigo citando ejemplos o casos de aplicacion práctica, demostrativos de los fatales resultados del gobierno excesivo en el hogar, de ese gobierno excesivo que, buscando la sumision incondicional, encuentra tantas veces cruzado su camino con la revuelta o la anarquía, que hace la tarea de la educacion, relativamente sencilla cuando bien encaminada, una obra odiosa, antipática, llena a cada momento de dificultades i que, como último i tristísimo resultado, produce el enfriamiento de las relaciones entre los padres i los hijos, relaciones que, para el éxito de la educacion, deben siempre mantenerse al calor suave i jeneroso de la confianza, de la simpatía i de la amistad reciprocas.

¡Como cambia el panorama del hogar si lo contemplamos a la luz fecunda i resplandeciente de la libertad, de la que mui deliberada i estudiosamente he llamado la *prudente i vigilada* libertad! Vemos entónces al sol penetrar a raudales

i hacerse fácil i espedita esta tarea de la educacion, tan abrumadora para los padres i sobre todo para las madres que no la saben sobrellevar, faltas de conocimientos, de inteligencia, de carácter, i aun simplemente a veces faltas de una elemental benevolencia.

Al espresar, pues, *prudente i vigilada libertad*, queda, por una parte, descartado el gobierno excesivo que combate, esa intervencion de todo momento, que supedita en absoluto la voluntad del niño, i queda, por la otra, descartado tambien el extremo opuesto, o sea la libertad sin la debida vigilancia, que es el plano inclinado a la licencia i al desorden. A mi juicio, el ideal en esta materia es lo que podria llamar, hasta cierto punto, el gobierno insensible, en cuanto se pudiera, o sea el que puede caracterizar la fórmula latina *suaviter in modo fortiter in re* o, en otras palabras todavia, la mano firme, pero enguantada.

El gobierno suave, que no choca, sin puntas hirientes, es en jeneral el mas provechoso, asi para las grandes colectividades que se llaman pueblos, como para esa pequeña colectividad que se llama el hogar, la familia. Los niños, como los pueblos, se sienten incómodos, molestos con un gobierno excesivo; nace entónces en ellos el espíritu de revuelta o de motin, o bien, en unos i otros apáganse sus enerjias e individualidad, jenérase la timidez o el apocamiento, levantándose en ámbos casos ancha valla entre el superior i el inferior.

Pero, al gobernar suavemente el hogar, con esa prudente vigilada libertad a que me he referido, no han de perder de vista ni por un solo instante los padres, que el primer resorte del gobierno es el carácter, carácter que da fijeza, rumbo, consistencia a la educacion i que rodea a la autoridad con una incomparable aureola de respeto i de prestigio. Que haya, pues, una direccion firme en el fondo, con manifestaciones suaves, blandas, amables al exterior.

El ideal en esta materia debe tender a procurar que en el ánimo de los niños se enlacen; en indisoluble consorcio, el respeto a los padres con el mas profundo de los amores; huir, en consecuencia, del amor sin el respeto o del respeto

sin el amor. I, para conseguir este ideal, que hace fácil i llevadera la tarea de educar, el camino verdadero, el único camino, es ése, del gobierno sólido en sus cimientos, con principios tutelares, pero discreto i moderado en la forma.

No se moleste, pues, inútilmente a los niños; déjeseles, en consecuencia, todo el ancho márgen de la libertad compatible con su bienestar i seguridad i con el réjimen de la disciplina educativa. El niño no sólo debe respirar físicamente con toda la amplitud posible, sino que debe hacerlo moralmente también, sin una enojosa compresion paterna.

I esta atmósfera de confianza, de amor, de mutua i sólida simpatía, que con un sistema de gobierno prudente i atinado se establece entre los padres i los hijos, ya hemos dicho que facilita enormemente la tarea de la educacion. Destruye, en jeneral, por su propia virtud, todas las asperezas que tantas veces traban o dificultan el libre juego de los distintos rodajes del hogar, economizando esa serie enojosa, fardo enorme a veces, de molestias, golpes, gritos, llantos i recriminaciones, que trasforman culpablemente lo que debe ser un cielo en una especie de infierno.

Ademas, esa misma bienhechora corriente de simpatía i solidaridad que va jenerosa del superior al inferior, proporciona a los padres una ventaja inapreciable para la misma buena marcha de la educacion: les permite penetrar hasta el fondo en el corazon i en el carácter de sus hijos, i les permite, en consecuencia, a la vez, tener en sus manos todos los resortes de una completa educacion, todas las riendas de un buen gobierno. Los padres que adoptan el sistema autocrático de la excesiva severidad o los que, por cualquier otro motivo, no dan ocasion para que nazca esa corriente fecunda de mutua confianza, se suelen equivocar lamentablemente en orden a los verdaderos sentimientos o inclinaciones de sus hijos, por lo mismo que no conocen el fondo del corazon o del carácter de éstos, replegados, en parte, por lo ménos, para ellos.

Para establecer esta corriente jenerosa de mutua confianza, para proveer al espíritu de amistad entre los padres i los

hijos, deben aquéllos alentar, estimular, premiar toda buena accion de estos últimos. ¡Cuán satisfactorio, cuán educador, cuán imborrable es, en efecto, para el hijo la aprobacion i sobre todo el estímulo cariñoso de su padre!

I, a propósito todavía del réjimen de prudente i vijilada libertad a que tantas veces he aludido, no dejaré de llamar la atencion hácia un mal que desgraciadamente no es raro en nuestra tierra i ménos todavía en esta ciudad de Santiago. Me refiero al defecto de vijilancia i, en ocasiones, a la falta casi absoluta de ella, de que dan tristes muestras algunas madres. Predicamos la libertad para los niños, pero la libertad vijilada; vijilancia insensible, pero de todo momento, mui especialmente cuando la familia está pequeña. Para el éxito de la educacion, requiérese, en efecto, en la primera infancia, que la madre esté, si posible fuera, constantemente presente en el hogar, que en el peor de los casos sufran sus pequeños hijos la mínima ausencia de ella. Hai que combatir tenazmente lo que llamaria el *ausentismo* de la madre, fatal como ninguno. No deben abandonarse los hijos a la servidumbre, que es, todos lo sabemos, una deplorable educadora. Ni tampoco, en jeneral, deben abandonarse prematuramente en un colejio, pues el niño necesita, para su desarrollo moral, de la sana i fecunda educacion doméstica.

I, sin embargo, cuántas madres, especialmente en las clases elevadas, ocupadas en la mañana en los oficios religiosos i en los oficios mundanos en la tarde i en la noche, abandonan culpablemente el mas sagrado e ineludible de los oficios, el que les impone la naturaleza misma, su augusta calidad de madres, para dar lugar a que por su negligencia se produzcan esos seres que todos conocemos, insignificantes, mal educados o dañinos, llenos de vicios i de petulancia, verdadera gangrena, tan dorada como nauseabunda, mancha i deshonra de la República!

Merecerian tales madres que sobre ellas cayera todo el peso de la reprobacion del pais, interesado en tener hijos viriles, de grandes cualidades cívicas, dignos de la estrella que hasta aquí ha presidido sus destinos.

Esta falta de atención o vigilancia, la falta también de principios en la educación o, por fin, otras veces defecto de carácter, es lo que explica el hecho, al parecer anormal, que tantas veces en la sociedad se nos presenta, de que padres personas correctas i generalmente consideradas, tengan hijos perdidos o viciosos o absolutamente insignificantes.

A esas madres que descuidan el hogar, por la atención perturbadora de sus relaciones sociales o mundanas, les recordaría yo, a modo de norma de conducta, el siguiente significativo hecho histórico:

En 1806, Napoleón confirió a Madame Montalivet el grande honor, tan ansiado por las damas de la alta aristocracia, de ser designada como dama de palacio de la Emperatriz.

—«V. M.—respondióle la agraciada—conoce mis convicciones sobre la misión de la mujer en este mundo. El favor tan generalmente envidiado con que V. M. tiene la bondad de honrarme sería para mí una desgracia si tuviera que renunciar a cuidar a mi marido, que se encuentra delicado, i a criar a mis hijos cuando la Providencia me los conceda.»

El emperador, estrañado en el primer momento de que alguien se atreviera a imponerle condiciones, pero conmovido ante la concepción altísima con que aquella mujer comprendía sus deberes, inclinándose graciosamente, contestó:

«Ah! señora, me pone Ud. condiciones cuando no estoy acostumbrado a eso. Pero no importa; las acepto. Sea Ud. dama de palacio. Todo se arreglará para que siga siendo esposa i madre como Ud. comprende esa misión.»

Otro de los saludables i trascendentales efectos del gobierno moderado, de ese gobierno tan exactamente calificado, para el propósito que estoy contemplando, con el título de *paternal*, es la atmósfera de paz i de alegría, de dicha inefable, que esparce en el hogar i que rodea santamente así a los hijos como a los padres.

Es incuestionable que el gobierno doméstico se facilita—como en jeneral todos los gobiernos en lo grande i en lo pequeño—cuando el gobernado, el hijo en nuestro caso, se

siente feliz i contento, cuando su carácter no se ha mellado con las asperezas de las injusticias, con el tratamiento hiriente o innecesariamente severo de sus padres. El niño que se encuentra en su centro, que respira felicidad, el que se desarrolla segun las necesidades i exigencias de su propia naturaleza, sin trabas ni cortapizas inconvenientes o innecesarias, ese niño, puede asegurarse sin temor de equivocarse, será mucho mas susceptible de adaptarse al molde que se desee que aquel otro que se ha creado en una atmósfera contraria. La naturaleza humana, i especialmente la naturaleza del niño, cuando no se la comprime, es en jeneral abierta, jenerosa, inclinada al bien o, por lo ménos, mui susceptible de él.

Se ve, pues, la importancia calificada que para la debida marcha de la educacion tiene el ambiente que rodea el hogar. Esa marcha se facilitará o se dificultará segun ese ambiente sea de paz i de alegría o de compresion i de lucha.

Hai, en consecuencia, un interes de primer órden, vinculado a la debida formacion del carácter mismo de los niños, en que éstos crezcan i se desarrollen en esa atmósfera apacible de tranquila felicidad, que es, a la vez, objeto i resorte de toda buena educacion.

¿Cómo conseguir este resultado?

Es, a mi juicio, la tarea mas sencilla i la mas satisfactoria i reproductiva para los padres, en primer lugar, i en seguida para los hijos.

I, a este propósito, repetiré lo que ya en otra ocasion he tenido la oportunidad de consignar: lo mas dificil es gobernar mal, lo ménos dificil es gobernar bien. I esto que decia con relacion al gobierno de los pueblos, puede perfectamente aplicarse a ese otro gobierno de ese pueblecito en miniatura que se llama el hogar, con súbditos tantas veces rebeldes o inquietos, que hai que saber manejar con un sistema que no tenga los inconvenientes de un autoritarismo que así en las naciones como en la familia resulta por lo jeneral contraproducente.

I con un poco de tino o intelijencia, i con otro poco de

conocimientos en los padres, puede conseguirse el mas feliz resultado en la tarea educativa. Basta para ello respetar, en cuanto se pueda, las tendencias de la naturaleza, los libres movimientos del niño i, en jeneral, todas las exigencias por decirlo así lícitas de su organismo, que no dejeneren en capricho insoportable.

Así, por ejemplo, me referiré en seguida a un caso práctico, para concretar o explicar el verdadero alcance de mi pensamiento.

Supongamos a un niño normal sometido, en el estado de salud, a un régimen estricto en materia de las horas de alimentación. Sucederá muchas veces que sensiblemente ántes de las horas de las comidas el niño experimente el vivo aguijón del hambre, lo que demostrará con constantes solicitudes, con su llanto, con la acritud ocasional de su carácter. ¿Convendrá en casos tales mantener la regla absoluta, como lo hacen algunas personas, con todos sus inconvenientes para la tranquilidad i bienestar del niño i, en tantas ocasiones, para el bienestar i tranquilidad del hogar entero? Con la esperiencia que tengo, me permito responder categóricamente que nó. ¡Es tan fácil satisfacer momentáneamente a los niños! En el caso contemplado, yo doi al niño un bocado, una pequeña cantidad de cualquier cosa, un terron de azúcar, v. g., que satisfaga el primer e incontenible impulso del hambre, i con ello me evito una larga escena de gritos, de llantos, de incomodidades i de reprensiones, que a la larga van agriando i perturbando el carácter del niño i las relaciones de confianza i de tierno afecto que deben existir entre él i sus padres. ¿Conocemos acaso tan bien el carácter i todas las relaciones de las exigencias fisiológicas del niño para establecer perentoriamente reglas absolutas, que tantas veces chocan significativamente contra las mas claras demostraciones de esas exigencias? Tratándose de estas materias oscuras, la regla no debe mantenerse en una fortaleza inespugnable; debe, por el contrario, ser humana i tener la ductilidad de la sabiduría. Deben los padres aprovecharse, en la parte utilizable, del aforismo de que *gober-*

nar es ceder. Hai que ceder, a veces, que ceder prudentemente, no desatinada o caprichosamente, ante las exigencias de una buena educacion i ante la conveniencia de que los hijos aprendan tambien a ceder, ya que la mejor i mas perdurable enseñanza para éstos es el ejemplo de sus padres.

He dicho *ceder prudentemente*, esto es, en casos en que no vale la pena mantener *a outrance* una regla inflexible, en casos insignificantes o de poco momento, que son tantos, pues cansados estamos de ver que se hace cuestion por asuntos baladíes, i que se suelta el timon en materias fundamentales, que requieren por lo mismo carácter firme.

De esta manera nos evitaremos no pocos fracasos, muchas incomodidades i sobre todo muchos llantos.

Dentro del réjimen humano i paternal de mantener en todo momento, si fuera posible, la alegría del hogar, la alegría de los niños, creo que el principio que los padres deben tener constantemente en mira respecto de sus pequeños hijos, es el siguiente: el *mínimum* de llanto i el *máximun* de risa. Estimo yo, basado en mi esperiencia, que los llantos de los niños pueden en gran parte evitarse, con ventaja para ellos i para sus padres, con ventaja para el hogar entero. Hai siempre en el fondo del sentimiento humano, i especialmente del sentimiento de los padres, algo que siempre tambien deberia rebelarse ante las lágrimas que corren, que responden invariablemente, así en el niño como en el hombre, a una manifestacion de dolor ó de tristeza. Proveamos, pues, en cuanto se pueda a suprimirlas i haremos una obra profundamente cristiana i, podria agregar, profundamente útil.

I, a este propósito, viene naturalmente a mi recuerdo un incidente histórico, relacionado con el jeneral San Martín, la personalidad acaso mas culminante de Sud-América, incidente que caracteriza de una manera tan gráfica como tierna i delicada la atencion solícita que debe siempre merecer el niño, i que, por lo mismo, desearia que quedara grabado en el recuerdo de los que me escuchan.

Encontrábase el jeneral una tarde en su humilde casa de

Blunois, con su hija i nietas, en compañía de algunos amigos, departiendo sobre la patria ausente, tema favorito de sus conversaciones.

No mui léjos de ellos, las dos pequeñas nietas jugaban a las muñecas que adornaban con un ovillo de lana.

De pronto, la interesante conversacion se interrumpió por la menor de las niñas que, con acento dolorido i los ojos llenos de lágrimas, fué a pedir a su abuelo proteccion.

—Mire, papá—esclamó—Merceditas me ha quitado la lana.

—Sí, papá—contestó la aludida—porque hace mucho frio i mi muñeca está desnuda.

—Pero el ovillo era mio i ella me lo ha quitado porqué es mayor.

Levantándose el jeneral, se dirije a un antiguo armario, saca de él una cinta amarilla i roja, de la que pendia una medalla, i dice a la aflijida niña:

—Toma, hijita, abriga tu muñeca i adórnala.

Con esto, terminó la querella i continuó nuevamente la interrumpida conversacion.

De pronto, la hija del jeneral San Martin se fija en la medalla que la muñeca ostentaba ufana, la toma i lee: «Bailen, 8 de Junio de 1808» i sorprendida esclama:

—¡Padre! ¿Ud. no se ha fijado en lo que ha dado a la niña?

—¿Qué?—dijo con indiferencia San Martin.

—La medalla con que el gobierno español premió a Ud. en la batalla de Bailen.

—La aprecio mucho, hija—contestó—en Bailen tuve la gloria de ser recomendado en el parte i despues condecorado.

—Entónces ¿cómo deja un recuerdo como ése en manos de una chiquilla que no sabe lo que vale?—agregó uno de sus amigos.

—Me hará Ud. el favor de decirme, mi amigo—dijo tranquilamente San Martin—¿para qué sirve la gloria si un cintajo de éstos no consigue siquiera enjugar las lágrimas de un niño?

Nos ha dejado, pues, el ilustre jeneral, que a las mas eminentes virtudes cívicas unia un gran corazon i el mas delicado sentimiento cristiano, nos ha dejado, repito, una leccion, tan sencilla como tierna i filosófica, del espíritu de caridad que debe siempre presidir la educacion del niño.

Para conseguir esa ansiada tranquilidad i dicha domésticas, de que seguramente disfrutaba el jeneral—libertador de pueblos i libertador de niños—i que facilita enormemente la tarea educadora, es menester tambien atender a la manera de tratar dia a dia i momento a momento a esos pequeños séres. Desgraciadamente, en nuestro pais este tratamiento deja en jeneral mucho que desear.

Se mira, en efecto, con frecuencia a los niños con mui poca consideracion i aun a veces pareciera que como a séres incómodos i molestos o absolutamente insignificantes. No se les satisfacen sus lejitimas exigencias, ni aun muchas veces se les responden sus preguntas, nacidas de ese instinto de curiosidad educadora del niño, i, lo que es todavia peor, se les engaña i se les perturba o pervierte el criterio. Se comete así un profundo error i un daño que a la larga puede ser irreparable. Si queremos nosotros los padres ser considerados íntimamente por nuestros hijos, es menester que nosotros, a nuestro turno, a ellos tambien los consideremos. El ejemplo del padre constituye el hijo. «El ejemplo, el ejemplo—esclamaba uno de los mas grandes educadores;—sin esto nada se consigue con los niños.»

Creo aun mas: no solamente los padres debemos por nuestra conducta exigir el respeto de nuestros hijos, sino que tambien debemos nosotros respetar a nuestros niños. Debemos esta consideracion, este respeto, a su debilidad, a su inocencia, a su delicadeza i, todavia, a sus futuros destinos, ya que, una buena educacion mediante, debemos siempre sentir palpar en esos séres mucho de noble, mucho de bueno, mucho de grande para la República.

Nada, pues, de esas palabras destempladas o hirientes, que caen como gotas de hielo sobre la ardiente espontaneidad de su sér. ¡Como si se les pudiera exigir las maneras, la con-

ducta o la seriedad del hombre ya formado! ¡Cómo si una palabra suave o dulce no consiguiera de ellos mas que aquella dictada por la impaciencia o por la cólera. ¡Cómo si esta última no dejara una huella de un resentimiento i de una tristeza mas i mas profundos a medida que estas palabras o el mal tratamiento se multiplican!

Dentro de esa especie de culto i jeneroso respeto que debemos a nuestros hijos, creo que se impone el tratamiento de *usted*, i no el de *tú*, jeneral o, mas bien, casi invariablemente empleado. Es ese tratamiento el que con resultados halagüenos uso yo con mis niños. I esta cuestion tiene mas importancia que la que a primera vista pudiera atribuirle un espíritu superficial. El tratamiento de *usted* respecto de los hijos envuelve efectivamente mas suavidad, mas ternura, mas cortesía, una cultura a veces exquisita. El *usted*, puede afirmarse, consigue mas que el *tú*. Suponiendo este último mayor confianza, sirve tambien en muchas ocasiones para manifestar un sentimiento de antipatia, de dureza, de cólera o de encono.

I tanto es cierto lo que afirmo respecto de la filosofia, por decirlo así, de esta cuestion, que en mis pequeñuelos he observado la tendencia manifiesta, cuando están contrariados o enfurruñados por alguna orden o disposicion paterna, a dejar el *usted*, que usan siempre, para descender al *tú* en el tratamiento para con sus padres, como si instintivamente comprendieran la crudeza de este último tratamiento. I en este mismo orden de ideas, puede ademas observarse que aun las personas mayores, cuando están con cólera, suelen tutear a las personas a quienes habitualmente tratan de *usted*, como si en el mero tratamiento tambien hubiera ya un principio de ataque o de insulto.

El tratamiento de *usted* se impone mui especialmente respecto de las niñas, a quienes debe rodear una atmósfera de mayor delicadeza, de mas suave i aristocrática distincion.

A mi juicio, el tratamiento porque abogo obedece a una concepcion mas elevada en materia de educacion: él envuel-

ve al hogar en una atmósfera mas suave, mas simpática, mas educadora, en una palabra.

I cabe recordar respecto de este asunto la observacion profunda, ya formulada por voz autorizada, de que en gran parte estriba el secreto del arte de dominar a los hombres en el arte de tratarlos con cortesía.

Dado lo espuesto, se comprenderá que estime en jeneral absolutamente inaceptable, i con tanta mayor razon, el tratamiento de *tú* de los hijos para con sus padres.

Un elemento que en la educacion infantil desempeña un papel de primer orden son los juegos i juguetes, importancia no suficientemente apreciada. Si no hubiera otro sintoma que el impulso extraordinario que manifiesta el niño al movimiento, a los juegos, i el impulso no ménos extraordinario a los juguetes, ese solo sintoma seria suficiente para indicarnos la importancia que en el desarrollo físico, moral i mental del niño tienen los unos como los otros.

Sin tiempo para detenerme como quisiera en esta interesante materia, me referiré solo descarnadamente i en globo a algunas de las principales ventajas que para los niños se derivan respectivamente de los juegos i juguetes: vigorizan i fortifican el organismo, desarrollan el espíritu, la voluntad, la iniciativa; aguzan la facultad de observacion; tienen gran influencia sobre el carácter, como fuentes de alegría i de placer; satisfacen el vivo instinto de curiosidad del niño i desarrollan el instinto social o afectuoso; suministran medios de experimentacion i, en consecuencia, de instruccion; algunos despiertan el sentimiento estético; muchos nos ofrecen manifestaciones preciosas sobre las aptitudes, vocacion o el carácter de los niños, etc., etc.

No hai pues, que escatimarles, ni ménos prohibirles los juegos i juguetes. Hai, por el contrario, que proveer a que el niño se desarrolle jenerosamente al máximum, en la plenitud de sus movimientos i en la plenitud de sus naturales inclinaciones. Será éste uno de los tantos medios, i uno de los mas eficaces, para conseguir la alegría constante del peque-

ñuelo, o sea, el terreno mas propicio para la siembra de las buenas ideas i de los buenos procederés, para la marcha, en otras palabras, espedita del proceso educativo, para la felicidad comun del hogar i sobre todo para la debida formacion del carácter del niño.

I, sin embargo ¡cuán pocos relativamente son en nuestro pais los chicos que pueden darse el placer de tener juguetes, de tener siquiera un juguete al año en el clásico dia de los niños, en aquella Noche Buena, cuando llegan los juguetes en alas de los ánjeles al pié del lecho de los que han de ser sus pequeños, felices poseedores! En esos dias de la alegría ruidosa de los pequeñuelos favorecidos, en esos dias en que las tiendas parecen estar abiertas solo para ellos, llenas, pletóricas de juguetes ¡cuán triste es ver esas apretadas filas de niños pobres, contentándose solo con mirar por entre los vidrios el ansiado sueño de toda su vida, aquello precisamente que constituye el objeto de una inclinacion irresistible de su naturaleza, el ansiado, el imposible juguete! Yo mismo puedo decir que aun ahora siento un a modo de placer retrospectivo, de grata evocacion de sueños infantiles, contemplando los juguetes cada vez mas hermosos encerrados en los escaparates de las tiendas, i cuántas veces me he encontrado en el corro de aquellos infelices niños, oyéndoles sus tristes i decepcionados comentarios, nacidos de la falta de lo que solo es un amargo sueño para ellos!

Ellos no tendrán ese placer inefable ni esa verdadera educacion que los juguetes implican jeneralmente, i mas cada vez, desde que cada vez mas tambien se van adoptando a las inclinaciones de los niños i a la concepcion mas elevada de la obra educativa.

Así, si nos fijamos en las niñas, es realmente admirable la enorme suma de educacion que reciben con el mero juego de las muñecas, por ejemplo. Hacen con ellas nada ménos que su primera i encantadora etapa de madres i de dueñas de casa, porque las cuidan solícitamente, consultando hasta los menores detalles, las visten, las asean, les preparan la comida, les arreglan la pequeña pieza, le confeccionan la

ropa, se las guardan con un orden admirable en cómodas o roperos minúsculos, etc., etc. Adquieren, en una palabra, métodos de orden, de aseo, habilidad manual para muchísimas cosas, para coser, cortar la ropa, etc., i, a veces, como mamás i dueñas de casas, un pequeño i graciosísimo sentimiento de responsabilidad.

I respecto de los niños hombres ¡qué cúmulo de juguetes adecuados para desarrollar sus cualidades o para hacer nacer o caracterizar sus latentes inclinaciones!

Hai que huir, sin embargo, del exceso de juguetes, que produce fácilmente la indiferencia, el tedio o el cansancio, como igualmente, i con mayor razon, de los ejemplares mui lujosos, especialmente en el ramo de muñecas, que despiertan o desarrollan un peligroso i antipático sentimiento de vanidad en las niñas.

El juguete empleado con discrecion es, pues, un elemento esencialmente educador por donde quiera se le mire. Deberia, en consecuencia, ser tan barato como el silabario, como el libro de lectura, estar, en otras palabras, al alcance de todos, del rico como del pobre.

I, sin embargo, no es así. Nuestro Lejislador, no siempre sabio, no se ha contentado con gravar la importacion de los juguetes con el derecho jeneral del 25%, sino que la ha cargado con el derecho ya elevado del 35%, con un derecho proteccionista.

Deberia, como respecto del libro, sencillamente suprimirse el derecho, o, por lo ménos, rebajarse en tanto cuanto se pudiera, ya que tambien, por otra parte, la entrada que produce al Fisco es realmente insignificante.

Resulta, pues, que en la actualidad los juguetes—¡oh injusticia!—sólo están al alcance de las personas mas o ménos pudientes, i aun escasamente de algunas de éstas cuando, lo que ocurre con frecuencia, la familia es numerosa. En cuanto a los niños pobres, esos deben contentarse con mirar o con algun tosco juguete de fabricacion nacional—nuestra industria no produce otros—buenos solo para pervertir su incipiente gusto estético. I pensar que, como observa tan

fundadamente una eminencia intelectual, una niñita sin muñecas es casi tan desgraciada como una mujer sin hijos...

Provean nuestros lejisladores a que tambien nuestros niños pobres, a que todos nuestros niños tengan juguetes: harian con ello una obra de buena educacion i de fecunda caridad.

Así como los juegos i juguetes contribuyen eficazísimamente a mantener la atmósfera de tranquilidad i de dicha que debe siempre circundar esas rubias i queridas cabeceitas de nuestros niños, los castigos exajerados, las voces hirientes i las reprensiones de todo momento lanzan en el seno del hogar el espectro de la sombra i de la tristeza.

Se prodigan en mi pais excesivamente los castigos i las reprensiones agrias i destempladas por cualquier motivo, fútil o insignificante las mas de las veces. Puede notarse especialmente esta tendencia en las madres, mas nerviosas e impulsivas que los padres, siendo así que los niños no son hombres i que, en consecuencia, no pueden proceder como tales, circunstancia que debe tenerse presente en todo momento, a fin de aplicar siempre el réjimen adecuado i la respectiva moderacion disciplinaria. Es indudable que al parecer lo mas fácil en la educacion es sofocar instantáneamente la falta del niño con un grito o con un golpe. Es esto mas sencillo, mas rápido—ya lo creo—que la tarea tan lenta como paciente de hablar con moderacion i benevolencia al niño, tratando de despertar su conciencia i de ir poco a poco fijando en ella las normas de conducta. Es éste un trabajo evolutivo que, como cualquier otro de análoga naturaleza, requiere paciencia, mucha paciencia, infinita paciencia. Pero es un trabajo que, como mas lento i costoso i mas adecuado a la naturaleza humana, da los mejores frutos, frutos de todo órden, así para la educacion del niño como para la marcha correcta del hogar. Economiza mucha tranquilidad, mucha paz, mucho tierno afecto que, con el otro sistema de la aspereza i de la violencia, se arroja dia a dia i tontamente a la calle

El problema de la educacion es, en efecto, en buena parte, una cuestion de paciencia, que debe ser comprendida como tal especialísimamente por la madre, que es la que se encuentra en contacto permanente con sus hijos. La que carece de esta cualidad esencial, eminente diria, carece por lo mismo de un atributo fundamental de la buena educadora. La educacion debe ser una benevolencia, una bondad continua, ha dicho un gran educador.

Los padres, i son tantos, que por cualquier motivo están siempre reprendiendo con acritud o castigando corporalmente a sus hijos, no se fijan en una circunstancia importantísima: que prodigando las reprensiones severas, prodigando los castigos, aplicados indistintamente a las faltas pequeñas como a las grandes, se provee a que el niño pierda, en cierto modo, el temor a ese castigo o a la reprension severa de sus padres, como que a ellos se acostumbran tambien en cierto modo, i pierde ademas, por otra parte, el sentido, por decirlo así, de la gradacion de las faltas, ya que una de entidad se le castiga de la misma suerte que otra levisima, perturbándosele inconvenientemente el criterio.

La esperiencia directa a mí me ha demostrado que al niño normal, no trato de otro, se le puede conducir perfectamente, casi sin necesidad de castigos, siguiendo, sí, desde el principio una pauta fija, paciente, constante, con benevolencia suma, pero con firmeza inquebrantable en el fondo. Pues bien, de mis niños en estado ya de recibir castigos, o sea, cinco, a tres nunca hasta aqui he castigado corporalmente: no he tenido necesidad. Solo en dos, i en una ocasion a cada uno, he puesto mano mui moderada sobre ellos: a una niña porque estuvo en peligro de quemarse i de quemar la casa i a un niño porque reincidió en pretender golpearme, habiéndolo reprendido, i cuando ya podia darse cuenta de la falta cometida.

Sólo comprendo el castigo corporal en casos tan graves como éstos, de un considerable o irreparable peligro o de una falta fundamental contra la disciplina. I así se consigue el resultado trascendental de que no se le olvide al niño

el castigo i la causa que lo produjo, gravándose profundamente en su criterio la accion indebida o peligrosa cometida.

Fuera, pues, de la serie sucesiva de sus otras ventajas, este sistema es una de las tantas formas de ir cultivando el juicio i el criterio de los niños, una de las tantas formas de que vayan ponderando la gravedad relativa de las faltas.

I es tan excelente, natural i cómodo este sistema, que me ha ocurrido tambien, en casos de faltas de alguna gravedad, no haber tenido ya necesidad de acudir ni siquiera al castigo corporal: me ha bastado una reprobacion mas enérgica que de costumbre i aún a veces una simple mirada mas dura para producir lágrimas i la zozobra del niño, en otras palabras, plenamente el objeto deseado.

Creeria no haber cumplido mi tarea si no me refiriera, aunque sea brevemente, a un defecto que por desgracia puedo llamar nacional, típicamente nacional, i es él delicadísimo i de funestos resultados: tal es el régimen artificial de las mentiras o de los engaños que prevalece por lo regular con los niños.

I, a este propósito, recuerdo que alguien formulaba la siguiente o parecida observacion, tan profunda como verdadera.

¿Cómo quereis, decia, que nuestros niños tengan el hábito de la verdad cuando en el hogar, en la escuela, en la sociedad, en todas partes, se ven envueltos en una atmósfera de engaño i de mentiras, cuando sus padres, sus parientes, sus amigos i la servidumbre que los rodea parece que rivalizaran en el empeño de ocultarles la verdad, de disfrazarles los hechos, aun a veces con los objetos mas baladíes?

Todo el mundo, en efecto, cree lícito i natural este régimen del engaño, que envuelve, sofoca i llega tantas veces a pervertir los criterios i las conciencias de los pobres niños.

En realidad, no debemos estrañarnos de que los niños, los jóvenes i por fin los hombres resulten tan deficientemente preparados para el criterio de la sinceridad i de la verdad;

no debemos estrañarnos de que en la sociedad, como en el orden mas elevado del gobierno i de los poderes públicos, se vea tantas veces falseada o disfrazada la verdad. Es el resultado lójico necesario, fatal, de los errores de la educacion doméstica, educacion que proyecta su luz o sus sombras hasta el último instante de la vida del hombre i del ciudadano, hasta el fondo de las instituciones i de la conciencia nacional.

He dicho i repito que es éste un defecto que adquiere los caractéres de un defecto nacional. Doloroso es confesarlo, pero es la verdad, verdad que no debemos ocultar sino descubrir a cada momento, ya que es éste el medio mas eficaz de combatir vigorosamente tan vituperable cualidad, i para que esta lucha resulte fructuosa es menester llevarla al momento en que el engaño se jenera, al hogar, al momento critico de la primera educacion del niño.

Causa a veces asombro a todo espiritu sincero ver cómo con cualquier motivo se engaña a los niños, muchísimas veces por personas que no engañarian a otros que no fueran sus hijos. Llega a parecer en ocasiones, tanta es la inconciencia al respecto, que hubiera el propósito decidido de ocultarles sistemáticamente la verdad.

I este gravisimo mal aumenta en intensidad tratándose de las relaciones de la servidumbre con los pequeñuelos, tan diarias i constantes en todos o casi todos los hogares. Personas no preparadas absolutamente para la tarea de la educacion, como las que componen la servidumbre, no tienen nocion alguna del grave error que se comete haciendo vivir a los niños en un réjimen de perpetuo engaño, que es el que sin contrapeso prevalece en esas por lo jeneral inevitables relaciones. I tan acostumbradas están esas personas a semejante réjimen, tan íntimamente forma su modo habitual de ser, que resulta tarea homérica para los padres toda lucha que se intente para modificarlo. No se consigue, por lo regular, que se modifique el sistema o solo en parte o muy deficientemente se consigue. Es éste, pues, un punto delicadísimo, que debe contemplar i en lo posible prevenir todo

padre que con solicitud se preocupe de la salud moral de su hijo.

Si es todo ello, empero, disculpable en la servidumbre, ya que al fin i al cabo no ha estado en su mano alcanzar los beneficios de una mayor educacion, es absolutamente injustificable en todas aquellas personas que han logrado esos beneficios i que, por lo mismo, se encuentran en el deber de medir la trascendencia o el alcance de sus actos.

I permitaseme detenerme en un punto característico, relacionado con el asunto a que me vengo refiriendo.

Uno de lo casos mas frecuentes en que los niños faltan a la verdad es aquel en que, habiendo cometido una accion indebida, subsiguientemente la niegan a sus padres o a sus mayores. ¿Por qué la niegan? Por una razon mui natural, aun mas, mui humana: sencillamente por el t́emor al castigo. El niño sabe que diciendo la verdad recibe un castigo, a veces doloroso i excesivo, i que ocultándola puede verse libre de él. En el espíritu débil i timorato del niño ¿cuál sentimiento prevalecerá? Inútil parece responder.

Pues bien, ¿qué nos está indicando todo esto? Que debemos modificar el sistema; que debemos aprovechar este caso tan característico para levantar la conciencia del niño, para grabarle de una manera indeleble los beneficios del réjimen de la sinceridad. No deb́emos castigar, ni mucho ménos golpear al niño que nos dice la verdad, confesándose reo de una falta cometida; deb́emos respetar este movimiento de su conciencia honrada, hablando solo con benevolencia a esta misma conciencia de los inconvenientes o peligros de la falta cometida i haciéndole resaltar la circunstancia de que no se le castiga precisamente porque ha dicho la verdad. En los casos mui graves, raros por lo demas, en que se vea la necesidad de aplicar algun castigo, debe ser ínfimo, proporcionado siempre a las circunstancias atenuantes derivadas del movimiento sincero i jeneroso del niño. Mi esperiencia directa me permite asegurar los beneficios incalculables de semejante procedimiento, la alta e inolvidable leccion moral

que de él se desprende para el carácter i la conciencia del niño.

No hai que engañar al niño, porque él a su turno engañará, como niño primero i como hombre despues. El niño—tén-gase siempre presente—es la mas admirable máquina de repetición. La palabra o advertencia de sus padres nada vale ante la acción o procedimiento que dia a dia ve que éstos ejecutan. Por eso, nunca como en la educación doméstica pudo decirse mejor que «la palabra suena i el ejemplo truena.»

El ejemplo de los padres, sobre todo en la importantísima materia de que me vengo ocupando, es fatal o de grandes beneficios, segun sea el sistema seguido. El engaño produce en el niño una herida i una desconfianza profundas: es la escuela tenebrosa de la falsia i de la duplicidad; es frecuentemente la pérdida moral del niño.

I pensar que es tan frecuente en nuestro país... I pensar en los resultados funestos que tiene el engaño en la vida del hombre, en el trato social, en el comercio, en la industria, en el Gobierno, en la prosperidad pública, en todos los órdenes, en fin, de la actividad nacional!

Es, en una palabra, el retroceso i la inmoralidad.

La falta de sinceridad es acaso el mas repugnante, el mas funesto de los defectos, aquél que todos los grandes educadores marcan en el índice con los mas quemantes caracteres de fuego.

No hai que engañar al niño: tal es el principio cardinal de la educación, el principio culminante, como que encierra la virtud magnífica de la sinceridad o, en otras palabras, la salud moral de los pueblos, fuente, si bien se considera, de su salud material, de su dicha, de su prosperidad i de su poderío. Los pueblos mas grandes, mas respetables i mas respetados llegarán a ser los pueblos mas sinceros i mas morales.

¡No hai que engañar al niño!

I el niño verídico, el niño sincero, es un terreno admirablemente preparado para que en él nazcan i fructifiquen los mas elevados sentimientos. La honradez, desde luego, se

consigue por el hecho mismo de esa sinceridad, ya que esa cualidad fundamental no es mas que el criterio de la verdad aplicada a las relaciones humanas.

Entre esos sentimientos que dignifican la vida, hai uno que debe cultivarse con predileccion en el niño. Me refiero al sentimiento de la caridad, la jenerosidad hácia el desvalido. Es la caridad, a la vez que una virtud, un alto deber social, que hai que inculcar profundamente en la conciencia de un niño.

La caridad, en sus distintas manifestaciones, es el resorte mas poderoso de la solidaridad social. Ella hace cesar muchos clamores i mata en jérmén muchas justas reivindicaciones. Las clases altas, las clases pudientes, por deber i tambien por conveniencia, están en el caso de ser caritativas, magníficamente caritativas. La nobleza del porvenir no será la corrompida de los pergaminos, sino la que tenga esa altísima virtud por norma. Esa será la mas elevada aristocracia, la que obtendrá la palma de la mayor consideracion social, por lo mismo que supondrá la mas elevada cultura de espíritu i la mayor nobleza de sentimientos.

Pues bien, la mas culminante de todas las aristocracias, la aristocracia moral, se jenera i se desarrolla al dulce i apacible calor de la educacion domiéstica. Son los padres, pues, los encargados de sembrar la fecunda semilla en el tierno i amoldable corazon de sus hijos.

Pónganse, en consecuencia, desde temprano los niños en contacto con la caridad i la miseria; aprendan a aliviar la suerte de los pequeñuelos desamparados, llevádoles ellos mismos socorros, alimentos, ropa, i el encanto de los niños, juguetes; aprendan desde temprano a saborear el placer inefable de hacer llegar un rayo de luz i de alegría a los hogares pobres, a los hogares tristes, oscurecidos por la desgracia o por la miseria.

Lo que es por mí, sé decir que uno de mis mas intensos placeres de padre es el que me producen los movimientos espontáneos i jenerosos de mis niños hácia los desvalidos o necesitados.

I la caridad es reproductiva aun para el que la hace: contribuye a educarlo, ennobleciendo su espíritu i suavizando sus pasiones.

Aunque el tema en que me he venido ocupando es, como se comprende, vastísimo, debo sin embargo ser prudente i limitarme al objeto para que se me ha llamado aquí, o sea, para dar solo una conferencia. Por eso, me he ocupado únicamente de algunos puntos jenerales, salientes, si se quiere i, a mi juicio, fundamentales, de asunto tan excepcionalmente interesante.

I como el propósito que me ha movido a hablar desde esta alta tribuna universitaria ha sido llamar con viveza la atencion hácia la educacion doméstica, tan jeneralmente descuidada en este país, repetiré una vez mas que es esa educacion doméstica la que, sobre todas las otras educaciones, forma el hombre i forma al ciudadano; es ella la que deposita la semilla, buena o mala, que ha de fructificar despues, para honra ó para deshonor de la patria. En el hogar está, pues, la base de la República, porque, como lo dice un eminente filósofo educador, por esa pequeña patria del hogar el corazon se adhiere a la grande, i el buen hijo, el buen padre i el buen marido son los que hacen el buen ciudadano i, agregaría yo, el buen gobernante, porque, aunque en distintas esferas, el gobierno del hogar, como la jestion de negocios públicos, es simplemente un asunto de tino, de buen sentido, de prevision i de virtud, cualidades, es cierto, que no es mui comun encontrar reunidas todas ellas en una misma persona; pero a lo cual debemos por lo ménos aspirar para nosotros i, mas que que para nosotros, para nuestros hijos.

Dediquemos, pues, la mayor i mas solicita atencion posible a la educacion doméstica. Esta educacion, constante, de todo momento, con unidad de direccion i de propósitos, lenta, paciente, pero segura, sin gritos i sin golpes, obrando principalmente sobre la conciencia del niño, puede operar

maravillosas transformaciones. Llega a ser la gota de agua sobre la piedra dura.

Si los principios jenerales de la educacion son unos mismos, i es a ellos a los que me heve nido refiriendo, sufren sin embargo modificaciones tratándose de los diversos matices de caracteres infantiles. Así, en un mismo hogar, al niño A, tímido, vacilante e irresoluto, no se le aplicarán en todo i por todo las mismas reglas que al niño B, exhuberante de iniciativa, de firmeza i de movimiento. I, sin embargo, lo frecuente es que a caracteres tan diferentes los veamos en la educacion doméstica fundidos lastimosamente en un mismo crisol, bajo el imperio de iguales principios i procedimientos.

Con mayor razon, las reglas jenerales se modificarán prudencialmente respecto de los niños anormales.

Ellos constituyen escepciones, verdaderos casos patológicos, que requieren la consulta de un psicólogo o, por lo ménos, de un médico de aguda i penetrante intelijencia.

I los niños anormales constituyen tantas veces—téngase presente—verdaderas sanciones al quebrantamiento de las leyes naturales. Cuando los matrimonios no se basan en el afecto, sino en otra especie de consideraciones perturbadoras, cuando hai vicios o enfermedades de los projenitores de por medio, etc., sobrevienen en los hijos, con la lójica con que se deduce el efecto de la causa, imperfecciones físicas, intelectuales o de carácter, mas o ménos graves, de tremenda responsabilidad para los padres, i que van sembrando dificultades i perturbaciones, primero en el hogar i despues en la sociedad i en la República. Todo ello cuando no acontece que una muerte temprana—que es acaso lo mejor desde el punto de vista social—viene prematuramente a poner término a la desviacion cometida.

No perdamos, pues, nunca de vista que la sancion por el quebrantamiento de las leyes naturales suele ser la mas inevitable.

No concluiré sin recordar que la educacion no es una ciencia que no haya necesidad de aprender, como tantas perso-

nas aparentan creerlo, ya que casi no hai padre ni madre que no se sienta con las aptitudes necesarias para dirigir la educacion de sus hijos, siendo así que son pocos los que tienen criterio seguro i mas pocos todavia los que tienen criterio científico sobre esta materia.

Pará aprender los principios que deben dominar asunto tan interesante, es menester estudiarlos. Es cierto que una cultura jeneral i un fino espíritu de observacion—cosas raras, por lo demas—pueden a veces suplir, en parte, los conocimientos especiales de esta ciencia. I es desde este punto de vista como puede decirse que, en cuanto a las reglas jenerales de la educacion, nada de nuevo hai que agregar. Así, aun los autores que parecen mas orijinales, como Rousseau en el siglo antepasado i Spencer en el siglo último, en muchos de sus principios no han hecho mas que repetir ideas que otros ántes que ellos habian espresado, dándoles, si, oportunidad, animacion i colorido i encerrándolas dentro del marco ordenado de un sistema.

Pero son por desgracia mui pocos, poquísimos, aquellos a quienes su criterio cultivado i su penetrante espíritu de observacion les indican el camino seguro que los educadores tienen que recorrer. Los mas, casi la totalidad, no tienen norma ordenada de conducta tratándose precisamente de la formacion del hombre. I de aquí se orijinan los errores, los sistemas absurdos implantados con la mayor sangre fria en la educacion de los niños.

Un interes de primer órden, estrechamente vinculado con la prosperidad de la República, nos está indicando que debe cesar semejante estado de cosas, que debemos proveer a instruir en ciencia tan fundamental a los futuros padres i mui especialmente a las futuras madres, como quiera que ellas son las que tienen mayor influencia en la educacion doméstica, por su presencia i por su accion de todo momento.

Instruyamos, pues, desde el colejio a la futura madre en los principios tutelares de la educacion; démosle la base sobre la cual pueda edificar moralmente su hogar; abrámosle desde temprano su espíritu de observacion, que le servirá

despues para adecuar o aplicar conscientemente los conocimientos adquiridos.

La enseñanza metódica que en estas materias a las niñas se les diera, nadie duda que les serviría mas, mucho mas, que las que se les diera sobre otro orden de conocimientos, en gramática o en aritmética, por ejemplo, por mas importantes que éstos sean.

El dia en que la jeneralidad de las madres chilenas tengan principios seguros en materia de educacion, el dia en que hayan adquirido el criterio que les indique el camino que deben recorrer i el puerto a donde deben llegar, el dia, en fin, en que tengan plena e ilustrada conciencia de su augusto papel de educadoras, ese dia podrá ser saludado como el alba resplandeciente de inmensos beneficios para la República.

